

(La parra de la Reina.)

EMPARRADO DE HAMPTON-COURT.

Se cuenta, que estando el cardinal Wolsey en el apogeo de su poder, quiso edificarse un palacio digno de su rango; pero que deseara de encontrar en él la eternidad, y al mismo tiempo los placeres de una larga vida, mandó á los médicos más áfamados de Inglaterra que le designaran el sitio más saludable de las cercanías de Londres, dentro de un radio de veinte millas. Sobre una cuestión de tanto interés, los médicos ingleses creyeron conveniente pedir sus consejos y ayuda á los doctores jubilados de la ciudad de Padua, y después de una minuciosa información acordaron que en los límites marcados para buscarla, la parroquia de Hampton, en el condado de Middlesex á doce millas de Londres, era el lugar en que reina el aire más sano, el sol más rico y las aguas más puras. Bajo la fe de esta relación, el cardinal inmediatamente alquiló por noventa años la casa de Hampton y sus dependencias, que entonces eran propiedad de los caballeros de San Juan de Jerusalén y comenzó la construcción del célebre palacio conocido al presente con el nombre de Hampton-Court.

No es de nuestra mente el describir aquí este suntuoso palacio que por su originalidad arquitectónica, por las riquezas de arte que encierra, y por los recuerdos históricos que contiene, merece un lugar aparte en nuestro periódico. No nos hemos propuesto hoy otra cosa que hacer conocer á nuestros lectores una de las curiosidades de sus vastos jardines, el célebre emparrado que pasa por el más notable de Europa. La única parra que la compone fué plantada en 1768, y al presente tiene 140 pies ingleses y la circunferencia de su tronco á flor de tierra es de tres pies, es decir de cerca de treinta pulgadas. Su fruto es de una uva negra llamada de Hambourg, abundante en tal manera, que en algunas relaciones se han cogido 2,500 racimos; se destinan esclusivamente para la mesa de la reina, lo que no embargo no quiere decir que sea un manjar de rey, pues creemos que estos racimos nacidos en un invernadero no puedan tener el delicioso sabor de la uva abilla de Prolainchelean.

ATAULFO,

PRIMER REY DE LOS GODOS EN ESPAÑA.

Apenas subió al trono de los Césares el emperador Honorio, cuando los godos, que con otras naciones bárbaras habían invadido la Ita-

lia algun tiempo antes, cansados ya de la paz á que contra su voluntad é indole guerrera y cruel los había obligado el poder y fortuna del gran Teodosio, rompieron todas las trabas que los sujetaban, y como un torrente devastador se esparcieron por las provincias del imperio romano, llevándola toda á sangre y fuego.

Fué la señal de esta guerra la muerte de Atanarico, primer rey de los godos, acaecida en Constantinopla en el año 381 de la era cristiana. Con este motivo entregaron el mundo en el siguiente año á Alarico, irreconciliable enemigo de los romanos, el cual, aunque contrario en los principios de su reinado por Radagaiso, su competidor, bien pronto se reconciliaron y unieron sus fuerzas contra Roma. Feroz acorralado el último en unos desfiladeros cerca de Florencia, por la ataca de Stilicon, general de los romanos, pereció con toda su gente; y desde entonces los godos se reunieron bajo el mando de Alarico, que les prometió vengar la sangre que Stilicon había derramado. En cumplimiento, pues, de su promesa, marchó sobre Roma con un poderoso ejército: la puso sitio en el año 409, la entró á sangre y fuego, concediendo á sus tropas tres días de saqueo, y redujo á cenizas á la que por espacio de tantos siglos había sido la señora del mundo; llevósele prisionera y como en señal de su triunfo á Gala Placidia, hermana del emperador Honorio. Así concluyó para siempre la grandeza y poderío de Roma.

En esta guerra es donde los historiadores hacen por primera vez mención de Atilfo. Ligado por el parentesco con Alarico, de quien era cuñado, le acompañó en todas sus expediciones, contribuyendo no poco á la destrucción de Roma con un tercio de caballos que mandaba. En valor y buenas prendas le granjearon el aprecio de los de su nación, y cuando Alarico murió en Cosentino, hoy Calabria, en el año 410 eligieron á Atilfo para que los gobernase.

Heredó este de su antecesor el odio á los romanos; y quiso el principio de su reinado marchar otra vez contra Roma, acabada de destruir, y edificar sobre sus escombros otra ciudad con el nombre de Gotia. Pero gracias á las persuasiones de Pláida, con quien se casó después de haberla hecho prisionera como dejamos indicado, no llevó adelante su proyecto, y al fin ajustó la paz con Honorio, abduciendo según se convino la Italia, y pasando con toda su gente á la Gallia Narbonense. Mas á ruegos de la misma Pláida atravesó los Pirineos en el año 415, y se estableció en Barcelona, fundando así la monarquía goda en España, que reinó después floreciente y poderosa por más de tres siglos.

Se disponía ya Atilfo á conquistar las demás provincias de España, y para ello había empezado á hacer la guerra á los Visigodos; á

quienes fácilmente hubiera vencido, si la alianza que acababa de estrechar otra vez con Honorio no le hubiera granjeado el odio de sus vasallos, que indignados por Sigérico le quitaron la vida, valiéndose para ello de un hombre llamado Vermallo, privado del rey. Algunos afirman que fué el mismo Sigérico quien le dió la muerte, y otros que un criado llamado Dobbio, en venganza de la que él había mandado dar antes á su señor; pero es más probable lo primero.

Muriéron también asesinados por Sigérico seis hijos que tenía Ataulfo del primer matrimonio, pues en su segundo con Gala Plácida solo dió á luz ésta un hijo en el año 411, á quien pusieron por nombre Teodosio; pero murió á pocos días.

LA MUERTE DE ATAULFO.

415.

I.

La oscuridad de la noche cubría con un denso velo las torres y edificios de Barcelona, ciudad poderosa ya mucho antes de la época á que nos referimos, y en la que Ataulfo acababa de colocar su corte, echando así los primeros cimientos de la monarquía goda en España. Magestosa é imponente aparecía la ciudad de Amílcar (1) en medio de las tinieblas. Algunas veces la luz de la luna penetrando por entre los espesos vapores que cubrían el horizonte, iluminaba los pocos monumentos romanos que la ferocidad y barbarie de los godos habían dejado en pie; y á su centelleo fulgor sus macizas formas aparecían mas vagas y aéreas, sin perder por eso nada de su severidad: antes bien tomaban un aspecto sublime y melancólico, que revelaba al alma no sé qué triste misterio, no sé qué verdad profunda. En efecto aquellos magníficos templos medio derribados, aquellos vastos círculos sin gladiadores, sin pueblo, aquellosuntuosos palacios sin cortesanos, todos aquellos lugares, en fin, habían presenciado la opulencia y poderío de sus dueños: en su sagrado recinto habían resonado devotas plegarias á los dioses, que se elevaban al viento entre nubes de aroma mezcladas al humeante vapor que se exhalaba de la caliente sangre de las víctimas sacrificadas; habían retembido al estruendo de cien combates, y repetido despues en sus inmensas bóvedas el eco de las aclamaciones del pueblo romano y sus himnos de victoria. Ahora tristes, solitarios, mudos, parecia que habían quedado allí como un memoria de tanta grandeza, como un establero de la inestabilidad de las cosas humanas; ó acaso para decir á sus nuevos dominadores, que sus triunfos, su poderío y su naciente gloria acabarían también sin dejar tal vez tantos recuerdos.

La superficie tersa y sosegada de la mar plateada por la luz del astro de la noche asemejaba una inmensa llanura. Multitud de barks anclados en el puerto se mecían tranquilamente sobre las ondas. La mayor parte de ellos componían la armada de Constancio, general del emperador Honorio, que acababa de estrechar nuevamente su alianza con Ataulfo.

Profundo silencio reinaba en todas partes; ni en el puerto, ni en la ciudad, ni en el palacio se oía el menor ruido. Sin embargo, dos hombres acababan de salir por una puerta secreta de éste, y se dirijían silenciosamente hácia el mar. El acero de un yelmo brillaba en la cabeza de uno de ellos, mientras el otro la llevaba descubierta.

—Oscura está la noche, Dobbio, dijo el primero, haciendo alio ya cerca de la ribera, y dirijiendo la palabra al que le acompañaba; tan oscura como mis proyectos. El mar cada vez mas embravecido previene una tempestad.

—No menor la anuncia la tierra, contestó el otro, pero con la diferencia que las olas que han de oñtarse serán de sangre.

—Por entre ellas se abrirá paso Sigérico hasta el trono.

—Y mi puñal os allanará los obstáculos que se os pongan por delante.

—Y mi oro pagará con usura cada golpe de tu puñal, si es certero.

—Oh! eso no lo dudéis; mi brazo jamás yerra cuando el oro y el deseo de venganza le conducen.

—¿El deseo de venganza has dicho?

—Sí; ¿habéis olvidado ya que la muerte que Ataulfo mandó dar á mi señor, fué la causa que me movió á ofreceros mis servicios en este asunto?

—No ciertamente! y por eso he depositado en tí toda mi confianza, y te he mandado que me acompañaras hasta aquí para acabarte de enterar de mis proyectos.

—Yo os lo agradezco, señor, pero permitid que os diga que para esto no era necesario salir del palacio, porque las paredes de vuestra cámara hubieran sabido sin duda alguna guardar el secreto.

—No es esa la causa de haber venido á este sitio: espero á Constancio.

—¿Al general romano!

—Sí; ¿de qué te admiras?

—¿Acaso sabe algo de vuestros planes?

—No solo los sabe, sino que los protege.

—Acabad de explicarnos. ¿Cuándo el pretexto con que pensais alucinar al pueblo para disculparos de la muerte de Ataulfo, es su amistad con los romanos, ós valeis de estos mismos para asesinarle?

—Cabalmente: esa es la única parte de mi secreto que no sabe Constancio, y la que es necesario que ignore por ahora. Él ha sido el primero que me ha sugerido la idea de asesinar á Ataulfo; y el que ha despertado mi ambicion prometiéndome en nombre de Honorio protegerme si fuese necesario para subir al trono; pero yo sé muy bien que el emperador no es salvador de este proyecto, y que el único autor de él son sus celos.

—¿Sus celos?

—Sí; ya es necesario que lo declare todo; Constancio ama á Plácida aun antes de ser esposa de Ataulfo; para él la destinaba Honorio, y si despues de haber sido hecha prisionera se la concedió el segundo, fué solo obligado de la necesidad en que se hallaba de ajustar las paces con nosotros. Pero Constancio no ha dejado de amarla; su pasión, que yacia en él, si no moría al menos dormida, ha despertado ahora con mas fuerza que nunca á la vista de Plácida; y conociendo que no puede desatar los lazos que la unen á Ataulfo, se ha decidido por fin á romperlos. El me cree solo un ciego instrumento de que se vale para conseguir sus amorosos fines, cuando yo le hago el mio para satisfacer mi ambicion.

—Es excelente plan si no se frustra.

—Todas las medidas imaginables están tomadas para que tenga un éxito feliz: intentas tú acompañado de Vermallo y dos hombres mas penetrar en la cámara de Ataulfo, yo seguido de algunos soldados me apoderaré de sus seis hijos y los haré morir; las tropas que se hallen en Barcelona están á mi devoción, y... no hay que dudarlo, mañana ceñirá mi frente la corona de los godos.

—¿Queráelo el cielo! En cuanto á mí, os juro que desempeñaré la mejor posible la parte que me toca, y que...

—¡Silencio! le interrumpió Sigérico, creó haber oido ruido de remos.

—Una barca se dirige hácia aquí.

—Retírate: es Constancio, viene solo, y no debe encontrarme acompañado. Espérame á alguna distancia. Despues te referiré el resultado de esta entrevista. Adios.

Y ambos se separaron. Sigérico se adelantó á recibir la barca, mientras Dobbio, dirijiéndose tierra adentro, desapareció entre las tinieblas.

Apenas tocó en la orilla la frágil embarcación, cuando un hombre saltó en tierra.

—¿Quién vá? preguntó el godo echando mano á su espada.

—Constancio; respondió el otro deteniéndose.—¿Y vos?

—Sigérico.

—Adelante, dijeron los dos á un tiempo; y partiendo la distancia que los separaba se encontraron en medio de ella.

La presencia del general romano era noble, gallarda y varonil; pero en su rostro venía pintada cierta expresion de disgusto y tristeza, que manifestaba bien lo contrarias que eran á su carácter las maquinaciones á intriga en que se hallaba envuelto; y á que una pasión funesta le habia arrastrado.

—¿Me aguardabais? preguntó Constancio.

—Hace ya bastante tiempo, contestó Sigérico.

—Sin embargo, creó haber sido exacto.

—Ciertamente, pero para quien espera un trono, las horas que le separan de aquella en que ha de subir sus escalones, son siglos de eternidad.

—¿Y bien, qué habéis resuelto?

—Esta noche morirán Ataulfo y sus seis hijos.

—¿Qué, aun no habéis renunciado á esa idea cruel y sanguinaria? ¿á qué servirle tantas víctimas? ¿no basta con una sola?

—No; cada uno de sus hijos se erectorá algun día con derecho para arrebatarle la corona: Alarico, el mayor de ellos, puede ya vestir una coraza; es amado del pueblo; y su espada vengaría la muerte de su padre si yo dejase á su brazo en disposicion de manejarla; todo lo que pertenece á Ataulfo es de morir.

—¿Qué decis? exclamó Constancio con un acento que revelaba la mayor inquietud; supongo que respetareis la vida de la reina: por sus venas corre la sangre de los Césares, y ¡ay del temerario que se atreva á derramarla!

—Nada temais, reposó tranquilamente el godo; Plácida no me es torla para mis proyectos; y ésta es la mayor garantía que puedo ofrecer de su seguridad.

—Confiado en ella os dejé oír en lo demás cómo gustéis.

—Y también confío en las promesas que habéis hecho.

—Desconfiad: ahora mismo voy á disponerlo todo para que mis en-

dados estén prontos á desembarcar, y protejerlos si fuese necesario. El cielo os guarde.

—Y á vos tambien, contestó Sigerico separándose del romano, y dirigiéndose hácia el lado por donde había desaparecido Dobbia.

—Miróse Constancio perderse entre las liucias, y entonces abandonándose á los sentimientos que le agitaban, por ellas, escribió, por ellas será un malvado.... ¡Piedad! Solo una senda me conducirá á tí; y está sembrada de crímenes y de horrores; sin embargo, mi planta la he hollado sin vacilar; me he lanzado en ella con arrojo, y ya no retrocederé. Por todos los tesoros del mundo, por mi vida, por mi eternidad misma, no hubiere yo derramado una sola gota de sangre inocente, y por tí voy á hacerla correr á torrentes... Pero no; continúa como asallado de pronto por un recuerdo, lo había olvidado: no se verá más que la necesaria... Yo sabré poner coto á la ferocidad de ese tirgo; los hijos de Ataulfo no perecerán; yo los salvaré.

Sacó entonces del seno un pergamino roitado, se dirigió á la orilla, y á su voz un hombre, que se hallaba sentado en el fondo de la barca, saltó en tierra.

—¿Qué mandais? preguntó acercándose respetuosamente.

—Toma este pergamino, y marcha por aquella senda al palacio de Ataulfo, le dijo Constancio señalando el lado opuesto por donde había desaparecido Sigerico; tú hallaras medio de que se lo entreguen á Pláida antes de una hora. Adios.

El hombre se inclinó profundamente, y marchó por la senda que la habían indicado. Entre tanto Constancio, metiéndose otra vez en la barca, á una señal, los dos remeros la hicieron surcar rápidamente las olas, pechándose bien pronto entre los buques mayores, como un ave que se interna en un espeso bosque.

II.

El mayor silencio reinaba dentro del palacio de Ataulfo; todos yacían entregados tranquilamente al sueño, y aquella vasta mansión tan concurrida por el día como lo son todos los palacios de los reyes, parecía un santuario inmensa, desierto, donde no se oía mas ruido que el del viento, zumbando en las galerías. Algunas veces oíase escasearse á aquellas horas mezclados á su sordo murmullo, trisistimos ayes, y lastimeros sollozos, que salían al parecer de una habitación inmediata. Aquella habitación era la de la reina, aquellas las horas destinadas por ella al llanto y á la amargura; y sin embargo las más felices de su existencia. Inocente víctima sacrificada ante las aras de la ambición y de la razón de estado, su vida era un tejido de infortunios, en la que no había ni un solo recuerdo de felicidad, ni una memoria halagüeña; era una de aquellas histopías que hacen llorar.

Estaba pues la bella romana reclinada muellamente en un sofá, su negra cabellera desentrelazada ocultaba parte de su hermosa semblante, donde se veía profundamente marcada la huella del dolor.

Tan enagenada se hallaba en sus tristes pensamientos, que no reparó en una esclava que entró en la estancia; y cuando quiso preguntarla la causa de su venida, ya había vuelto á salir, dejando entre sus manos un pergamino roitado. Resolvió con indiferencia, mas apenas hubo leído los primeros renglones, cuando todo su cuerpo se estremeció, y levantándose con prontitud: ¡Salvados! exclamó, dirigiéndose á la puerta; ¡salvados! si es tiempo, y... pero su voz quedó mudada en la garganta, y ella inmóvil en medio del salon, al ver entrar de repente á Ataulfo.

—¿Qué tenéis, señora? preguntó este asombrado: ¿qué motiva esa sobresalta? ¿ama esta carta he podido producir? ¿ha regresado del suelo el fatal pergamino, que ella es medio de su terror había dejado caer insensiblemente: veámos; y acercándole á una lámpara leyó:

«La vida de los hijos de vuestra esposa está en grave riesgo; los enemigos tienen puñales, y vos sola podéis salvarlos persuadiéndoles que se refugien bajo mi protección, sin dar parte al rey de su fuga. No penséis un instante. Adios.—Constancio.»

Durante la corta lectura de esta carta se manifestaba en el semblante de Ataulfo el mayor terror y agitación; pero cuando vio el nombre que la firmaba cambió enteramente de aspecto: sus ojos tomaron una expresión feroz, y dirigiéndose á su esposa, que al estudiarlo no pudo contener una exclamación,

—Buena efecto ha producido en vos este nombre: la dijo con voz terrible: pero yo os juro que no volveréis á oírlo.

—¡Piedad! exclamó Pláida arrojándose á sus pies en actitud suplicante.

—La vida de los hijos de vuestra esposa, continuó Ataulfo volviendo á leer la carta, y sin curarse de los ruegos de la reina, está en grave riesgo: persuadidles á que se refugien bajo mi protección, sin dar parte al rey de su fuga. ¡Ay de ellos si hubieran seguido tan pérfido consejo ya no existirían!

—Qué, señora, os atrevéis á exponer...

—Si, una perfidia atroz, insudita, la interrumpió bruscamente Ataulfo, una perfidia sin ejemplo. Mirad, añadió agarrándola de un brazo, y señalando al mismo tiempo la firma de Constancio; no hace muchos días que este mismo hombre me prometió en nombre de César eterna paz y alianza: yo le creí y le juré lo mismo. En prueba de ello le franqué mi palacio, mi mesa, mi amistad; y él entre tanto combataba un plan para arrebatarme mis hijos, y hacerlos perecer tal vez porque estorbaban á sus proyectos ambiciosos, porque quitándome su apoyo le sería fácil después destituirme de mis donatarios, y acaso encerrarme en una oscura prisión, donde acabara de consumir mi deshonrada existencia. ¿No esto una infamia? decidlo vos misma, ¿este hombre no debe morir?

—Os engañais, señor, os engañais: no sé qué voz interior me grita que eso que decís no es verdad, que tal vez los amenaza algun peligro por otra parte, y que él quiere salvarlos. Creedme, y...

—¡Callad, la volvió á interrumpir con furor el rey, aun hay mas. Hace seis años que Roma cayó en nuestro poder. El palacio de sus orgullosos emperadores ardía en vivas llamas como toda la ciudad. En él estaba á punto de perecer una mujer descontenta de su odiosa esclavitud, pero hermosa. Su desgracia me compadeció y la salvé la vida; despues le amé y la hice mi esposa; sacrificándola mi corazón, mi libertad, y hasta mi gloria; sí, mi gloria, porque yo hubiera podido ser dueño del universo.

Pero á una voz de ella, á una sola súplica de sus labios, mi brazo dejó caer la espada que tenía ya levantada, se hicieron las paces, y Roma se salvó. Quisá este paso me granjeara el odio de mis vasallos: pero qué era para mí el odio del mundo entero comparado con su amor? Y con todo, á pesar de tantos sacrificios, esa mujer no sólo no me ama, sino que ha conservado en su pecho el recuerdo de otra pasión: tal vez ¡oh talia! ha manchado mi honor; y acaso acaso detrás de esa fronte hermosa y pura como la de un ángel, se esconde el infernal proyecto de arrancar á mis inocentes hijos la vida, y á mí el trono, para hacer subir despues á él al infame cómplice de todos sus crímenes! ¡Ah! decid, señora, decid ¿esta mujer debe morir?

—Sí, exclamó Pláida con enojo, esconded pronto vuestro puñal en mi seno; pues no debo vivir un instante, despues de haber escuchado de vuestra boca tan atroces calumnias. Pero antes, continuó con acento firme, antes es preciso que me acucheeis á mí tambien. Yo amaba á otro hombre; ¡ah! bien lo sabéis; su amor era la única felicidad de mi vida; amarlo eternamente mi única esperanza; vos vinisteis y me arrebatásteis á un tiempo á mi patria, á mi felicidad y á mi esperanza: me hicisteis vuestra esposa, es verdad, mas al entregarnos mi mano no os pude hacer dueño de mi corazón. Me diréis que por qué pronuncié unos juramentos que no había de cumplir; pero ¡ah! mi hermano, mis amigos, mi patria, todo cuanto mas amaba estaba próximo á perecer al filo de vuestra espada; yo sola podía parar el golpe; ellos me pedían que los salvara; ¿qué había de hacer? Fuí vuestra; y desde entonces todos mis esfuerzos se dirigieron á amaros, pero en vano. Siempre que veais á mis brazos cruzados como la primera vez en Roma: nuestro rostro resplandecía á la luz de las llamas que abrazaban el palacio de mis padres; vuestras manos, vuestros vestidos y vuestras armas estaban teñidos con la sangre de mis conciudadanos, quizá con la de mi familia... ¡Ah! perdonad, señor, pero un horror involuntario se apoderaba de mí; sin embargo lo reprimo en lo mas hondo del pecho, y recibia vuestras caricias con semblante risueño, mientras que la mas violenta desesperación devoraba mis entrañas! decid, añadió sollozando, tantos tormentos, tantas amarguras, ¿no merecen alguna compasión?

—Muger, exclamó el rey enternecido, sin duda eres criminal, y á pesar de eso no puedo aborrecerte. Con todo, la traición es cierta, ni un peligro puede amenazar á mis hijos dentro de mi palacio, y aconsejarlos que huyan de él sin mi consentimiento es condenarlos á la muerte; ¡oh! ¡ya juro que han de pagar bien esta su...

Un grito terrible que resonó en las galerías inmediatas y al que se siguió un confuso ruido de armas y voces heló á la amenaza en sus labios.

—¡Ah! bien me dáis mi corazón que no era mentira, exclamó Pláida sobresaltada.

—¡Cielos! ¡Será posible! murmuró Ataulfo preparándose para salir de la estancia. Pero un ruido próximo de pisadas como de algunas personas que huyen le detuvo. Abrióse á pocos momentos la puerta, y el joven Marco, medio desnudo, con la espada en una mano y cubierto de heridas, se arrojó desfilterado en sus brazos.

—¡Huid! señor, le dijo con voz apenas inteligible; un ejército de asesinos ha invadido el palacio... Sigerico los manda... mis hermanos... ya no existen... y... y... quiero tambien.

—¡Mis hijos asesinados por Sigerico! exclamó el desdichado padre arrojándose sobre el cadáver de Marco. ¿Cuándo era cierto lo que me anunciaba esa carta?... ¡y yo desconfiaba de ella! perden, esp...

su hija, perdon! continuó dirigiéndose á Plácida: pero la infeliz no podía oírle: estaba desmayada.

Entre tanto la confusión y estruendo se acercaban. Las voces de traición, vocorro, se percibían distintamente entre el choque de los aceros, y bien pronto se vieron reducir estos á la puerta de la escalera.

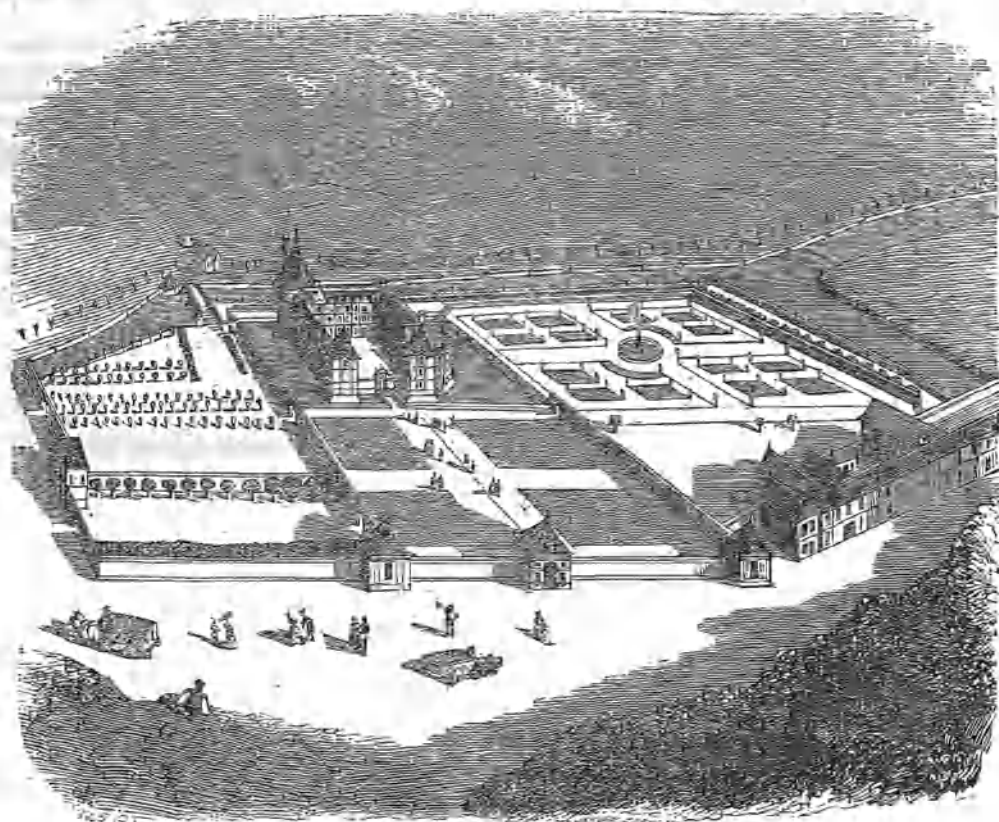
— ¡Traidores! dijo el rey al verlos; yo vengaré en vosotros la muerte de mis hijos, y recogiendo la espada de Alarico se lanzó corriendo. Pero mas de veinte lanzas le rodearon por todas partes, y á pesar de sus esfuerzos, á pocos momentos cayó sin vida.

— ¡Soldados! ¡murió el tirano! dijo entonces Sigerico saliendo de entre la turba; perezca así todo el que contraiga amistad con Roma.

— ¡Viva Sigerico, gritaron los soldados.

Este grito resonó en los cuatro ángulos del palacio estendiéndose después por toda la ciudad. Empezaba á amanecer.

Sigerico fué aclamado aquel mismo día rey de los godos; pero su triunfo fué corto, como lo es siempre el de los malvados, pues murió asesinado también en el mismo año de su aclamación. Wulfa, que le sucedió en el trono, ajustó las paces de un modo estable con Constantio, á quien Honorio habia ya asociado al imperio, siendo una de las condiciones que le entregasen á Plácida, con quien casó al fin, y de este matrimonio nació el emperador Valentiniano, tercero de este nombre.



(Casa de retiro en Alemania.)

ALONSO DE ARMENTA.

Este poeta, que á principios del siglo XVI vivía en Loja, de donde era natural, es poco conocido. Entre las poesías que de él nos quedan no hay una, á lo menos bajo su propio nombre, que no tenga por objeto el desden y desamor de los hombres, y el requerir y requerir de las mugeres, á los mas humildes, como pastores y labriegos. Asunto raro y singular seguramente, pero del que se ocuparon algunos poetas españoles de aquel tiempo. Y esto no es por cierto desconocer el corazón humano, porque sin negar la vergüenza natural en las mugeres, y que prefieran siempre el ser requeridas al tener que requerir, todavía se ven ejemplos de esto último, y mucho mas cuando se supone en el rogado mucho desprecio de sí mismo, humildad, silencio y recato, y conocimiento de su inferioridad. Entonces parece que una muger se halla mas dispuesta á rogar al hombre de estas cualidades, que por las mismas ó por otras la interesa: porque en ello no ve tanto riesgo para su reputación. Añádase á esto el género de vida que guardaban las mugeres españolas del siglo XVI. El recato, el recogimiento y reclusion, el misterio perpetuo en que se hallaban envueltas; lo imposible y peligroso que las era el entregarse á las solicitudes de personas convenientes, el desden y la

dureza que debían manifestar en la sociedad que se les permitía; y díjase despues si no era muy natural que una muger jóven, ardiente, llena de pasión y de vida, y que solo podía hablar (sin riesgo de ser notada y de que otros maliciasen) con rústicos y pastores, manifestase á estos sentimientos que sabia muy bien no la manifestáran ellos, aunque tal sintiesen, por la distancia inmensa de su condición.

Añádase tambien la impresion causada por las formas bellas y robustas que debían presentar á los ojos de mugeres de tales costumbres, de tales años y de tal siglo, hombres criados en la sana vida del campo, vestidos mas ligeramente que los caballeros ó hidalgos de aquel siglo aparatoso, y descuidando por su misma sencillez el demasiado recato; y consideradas todas estas cosas, se verá la posibilidad de ese requerir y requerir de las mugeres, y del miedo y mesura de los requeridos: y no chocarán entonces versos semejantes á éstos de Alonso de Armenta:

— «Oyes, Gil, ¿quieres saber lo que me arroteció ayer?»

— «Dilo ya, que ya estoycho, y no te detengas mucho: mas nunca tu fuerte duche, tardas mucho en responder.»

— «Que la hija de nuestrama, á la be, ella me llama,

y bajó como una gata
para verme detener.
Traía unos copetones
hechos d'unos güedejones,
y encima unos redejones
con que me pensó prender.
Colgaban de las toquillas
un monton de cencerillas,
segun eran amarillas
de oro debían ser.
Relumbrábase el pejejo
de la fuente como espejo,
que á tiro largo de tejo
te pudieras en él ver.
E tenía la cejila
delgadita delgadita,
como luna muy chiquita
cuando mal se deja ver.
E por mil agujeritos
de las mangas y manguitos
salén tantos mangajitos
qu'es en hástio de los ver.
Y en viendo sus embarazos
pensé traía en los brazos
muchas roscas de hornazós
que por Pascua sote háber.
E traía pegadizas
á las sayas revoltizas
unas como longanizas:
no sé si eran de comer.
¡ Si vieras, pues, el calzado,
toda d'oro rechapado!..
No tienen otro cuidado,
¿ qué diabros han de her? »
.....
—«Pues, en fin, ¿ qué te decía? »
—«Decía que si quería,
ella me perdonaría
lo hecho y lo por hacer.»
—«E tú ¿ qué la habías hecho? »

Y dejados aquí algunos versos que no es dable citar por lo que en ellos se relata, véanse los que esplican el miedo razonable del pastor para proporsarse:

—«No soy yo de los hobitos
que se pagan de coquitos:
quizá que ella diera gritos
y hubiera bien que roer.
Dó al diablo ses hulagos:
que tien unos mozos malos
que me cargaran de palos
hasta mas mas no poder.
Donde á poco la veñaca
¡ oh qué pernejoa saca!
mas gruesa que de una vaca,
mas yo no la quise ver.»
—«Mia fé, Juan, dende no pases:
quería que la rogases,
y que despues.....»

Sensible es que la decencia, ó mejor el recato que exige un periódico, impidan el acotar íntegras estas composiciones. Pero con esa muestra hay bastante para descubrir que esos cantares, trovas y coplas de nuestros antiguos poetas, empuerran mucha poesia, no premiosa y esprimida á fuerza de alambique, sino inafectada, natural, sacada del original inagotable de las humanas pasiones, y de la observacion de la naturaleza.

Del mismo Alonso de Arméniz hay una glosa al villancico:

Limbrábase la cencella,
dijo el vil:
al ganado tengo de ir—

que empiezo así:

«Limbrábase una ventana,
dixelo pastor, espera.»

La que responde siempre al réalico con el último verso del villancico

co, y un refrán ó espression proverbial antepuesta. La composicion toda consta de mas de cuatrocientos versos, que por la brevedad no citamos.



(Torreón de la antigua muralla árabe.—Toledo.)

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

NOVELA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

ADVERTENCIA.

El Padre Fr. Gabriel Tellez, religioso mercenario, conocido generalmente por el seudónimo de *el Maestro Tirso de Molina*, disfraz que adoptó en casi todos sus escritos, publicó en el año de 1621 un volúmen, titulado *Los Cigarrales de Toledo*, en cuya obra supone, que reunidos ciertos caballeros y damas para divertirse, obsequiándose recíprocamente y por su turno en las casas de campo inmediatas á aquella ciudad, representan comedias y refieren anécdotas varias. Menos una, todas aquellas narraciones son del género grave, para el cual no era el ingenio de Tellez tan acomodado como para lo festivo: así es que ni la inventiva ni la elocucion de las primeras las hacen recomendables, al paso que la sola que pertenece al género cómico está discretamente combinada, y escrita en un lenguaje tan lleno de amabilidad, viveza y soltura, que puede compararse con el del Quijote. Tiempo há que mi afición á la lectura de nuestros autores antiguos me sugirió el pensamiento de reimprimir esta novellita con otros escritos que formasen un tomo regular, porque para publicarla suelta era corta, y el tomo entero de los *Cigarrales* no sería muy leído si se reprodujera, pues realmente no tiene de bueno mas que tres comedias (dos de las cuales salieron en el teatro escogido de Tirso) y este fragmento, que aun avanzado de allí no deja de ser obra completa. El fin de la proyectada publicacion era recordar á los editores amantes de nuestra gloria literaria que existe un buen número de novelas cortas de no poco mérito, escritas en el siglo XVII, las cuales, habiéndose agotado las ediciones, se hallan tan ignoradas como esta del público; y convendría mucho mas el volverlas á la luz, que imprimir

malas traducciones de malos originales, que no sirven sino para corromper el idioma, el gusto y algo que vale más. Parte de mi buen desagrado la ha visto ya realizada con la reimpression que se está haciendo de varias novelas antiguas; sin embargo, nunca está demás el hacer un recuerdo por otro lado: y el epígrafe á este fin las columnas de un periódico tan generalizado como el *SEMANARIO*, me parece que es el medio más eficaz y oportuno.

Esta novela (que en los *Cigarrales* no lleva título) no es precisamente original del maestro Tirso de Molina; pero en justicia tampoco puede señalársele autor: comprendo tres de esos cuentos nacidos entre las juveniles de la edad media y que han pasado de boca en boca hasta que un autor eminentemente hábil echado después mano de ellos y les ha dado su nombre, Tirso pudo muy bien haber leído en el *bedimeron* de *Romancillo* un lance sustancialmente el mismo que le sucedió al celoso Santillana; pero pudo también haberlo oído por la tradición, á causa de haberse difundido tales cuentos por toda Europa; de cualquier modo que sea, ésto es que el Tirso lo imitó de Bocaccio, mejor notablemente la idea, quitándole toda la parte indecente é inmoderada que tiene en la colección del novelista italiano, y aventajándole, á mi modo de ver, en el gracia de la narrativa.

Mucho debió de agrandar la novela de Tirso en España, porque más adelante la usó de los *Cigarrales* un tal Isidro de Robles, y la reimprimó con otras diez, calificándolas á todas de ejemplares, nuevas, nunca vistas ni impresas, y compuestas por diferentes autores, los mejores ingenios de España. El desearo con que llamaba *nunca vista ni impresa* á una obra que todo el mundo podía haber á la mano, es cosa que no debe aturdirnos, porque mentiras y robos de esta especie eran muy comunes en España: la indolencia de los autores y la ignorancia de los censores tenían la culpa. Isidro de Robles la bautizó con el nombre de *Los tres maridos burlados*, título que le usó de perfectamente, y con este ha corrido en las diversas reimpressiones que se han hecho de ella: con el mismo se reproduce ahora, suprimiendo en los primeros renglones un paréntesis bien largo, relativo á la ciudad de Toledo, el cual estaría bien en boca del personaje que refería la novela en el *Cigarrales*; pero sacada de allí, no hace buen efecto. En la demás, no ha sufrido una alteración que la de acomodarla á nuestra actual ortografía.

JOSE EUGENIO HARTZENBUSCH.

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

En Madrid vivian pocos tiempos há tres mugeres hermosas, discretas y casadas: la primera con el cajero de un caudaloso genovés, en cuyo servicio ocupado siempre, tenía lugar de asistir en su casa solamente los medios días á comer, y las noches á dormir: la segunda tenía por marido á un pintor de nombre, que en té del crédito de sus pinceles, trabajaba mas habla de un mozo, en el retablo de un monasterio de las mas insignes de aquella corte (1). sin permitirle sus labores mas tiempo que al primero; pues las fiestas que deban treguas á sus estudios, eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa de este ejercicio comunicó á sus profesores: y la tercera padecía los celos y años de un marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupacion que de martirizar á la pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenas sillas les resultaban de suficiente para pasar, con la labor de la afligida muger, con modesta comodidad la vida. Eran todas tres muy amigas, por haber salido vividos en una misma casa, aunque ahora habitaban barrios no puro distantes; y por consiguiente los maridos profesaban la amistad, comunicándose éllas algunas veces que iban á visitar á la muger del celoso; porque si la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderlos pagar las visitas; y ellos los dias de fiesta, ó en la comedia ó en la ópera y juego de regatta, andaban de ordinario juntos. Un dia, pues, que estaban las tres amigas en casa del celoso, contándose élla sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendeñías que le costaba el día que salía á misa (que con ser al amanecer y en su compañía, aun de las puntas del manto, porque la llegaban á la cara tenía celos), y ellas compadeciéndose de sus persecuciones le consolaban; habiendo venido los suyos, y estando metrendo todos seis, encencharon para el dia de san Blas, que se acercaba, salir al sol y á ver al rey, que se decía iba á Nuestra Señora de Atocha aquella tarde: y por ser en dia de jueves de campades, llevar con que celebrar en una huerta allí cercana la solemnidad de la fiesta, que aunque no está en el calendario, se celebra mejor que las de Pascha: habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que lá del celoso hecho se hallase en ella. Cumplióse el plazo y la merienda, después de la cual asentadas

ellas al sol (que le hacía ansible) oyendo muchas quejas de la malmaridada, y ellos jugando á los bolos en otra parte de la misma huerta, sucedió que reparando en una cosa que relucía en un montoncillo de basura á un rincón de ella, dijese la muger del celoso: «¿válgame Dios! ¿qué será aquello que brilla tanto?» Miráronlo las dos, y dijo la del cajero: «ya podría ser joya que se le hubiese perdido aquí á algunas de las muchas damas que se entretienen en esta huerta semejantes dias.» Acudió solícita á examinar lo que era de pintura, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso y tan fino que á los reflejos del sol parece que se transformaba en él. Acodicióronse las tres amigas al interés que prometía tan rico hallazgo; y alegando cada una en su derecho, afirmaba que la pertenecía de justicia el anillo. La primera decía que habiéndolo sido en verde, tenía mas accion que las demás á poseerle; la segunda afirmaba que adivinando ella lo que fué un había razón de usurpárselo; y la tercera replicaba á todas que siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experimento lo que ellas se sospechaban en duda, merecía ser solamente señora de lo que le costó mas trabajo que á las demás. Pasara tan adelante esta porfia, que viniendo á noticia de sus maridos pudiera ser ocasionada en ellos alguna pendeñía sobre la accion que pretendía cada una de ellas, si la del pintor, que era mas cuerda, no las dijera: «señoras, la piedra por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse; el venderla es lo mas seguro, y dividí el precio entre todas, antes que venga á noticia de nuestros dueños y nos priven de su interés, ó sobre su posesion titán y sea esta sortija la manzana de la discordia; pero ¿quién de nosotros será su fiel depositaria sin que las demás se agravien. ó haya alguna confianza de quien se tiene por legítima poseedora de esta piedra? Allí está presentándose en otros caballeros el conde mi vecino: comprometamos en él (llamándole aparte) nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare.—«Soy contenta,» dijo la cajera; «que ya lo conozco, y fio en su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito.—«Y yo y todo,» respondió la mal casada; «pero ¿cómo me atrevedé á informarle de mi justicia, estando á vista de mi escrupuloso viejo, y siendo el conde mozo, y ciertos los celos, con el juego de manos tras ellos?» En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando diciendo que pasaba el rey por la puerta, salieron corriendo sus maridos entre la demás gente á verle; y aprovechándose ellas de la ocasión, llamaron al conde, y le propusieron el caso, pidiéndole la resolución de él, antes que sus maridos volviésen, y el mas celoso llevase que venir á casa; poniéndole la sortija en las manos para que le diese á quien juzgase merecerla. Era el conde de sutil entendimiento, y con la cordedad del término que le daban, respondió:

—«Yo, señoras, no brilla tan declarada la justicia por ninguna de las diligencias, que me atreva á quitársela á las demás; pero pues habéis comprometido en mí, digo, que sentencie y fallo que cada una de vosotras, dentro del término de mas y medio, haga una burla á su marido (como no toque en su honra); y á la que en ella se mostrare mas ingeniosa, se le entregará el diamante, y mas cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entre tanto depositario de él. Y porque vuelven vuestros dueños, mángese la labor, y adios.» Fugó el conde, cuya astucia abonó la seguridad de la joya, y su cordicia las persuadió á cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos, y porque ya la cordedad del día daba muestras de recogerse, lo hicieron volver á sus casas, reviviendo cada cual de las competidoras las libertades de sus embelecios, para estudiar por ellos uno que la sucesiva victoria en la agudeza y posesion del ocasionador diamante.

El deseo del interés, tan poderoso en las mugeres, que la primera, por el de una manzana, dió en tierra con lo que precioso de nuestra naturaleza, pudo tanto en la del codicioso cajero, que habiendo sacado por el alquilar de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo á su marido la que sigue.

Vivia en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figuras los sucesos de las casas agenas, cuando quizá en la propia, mientras él consultaba efemérides, su muger formaba otras, que criándose á su costa le llamaban padre. Este, pues, tenía conocimiento en la del vecino contador, y deseos no tan licitos, cuanto disimulados de ser su ayudante en la fabrica del matrimonio. Había la mujer casada los pensamientos, y aunque por ser ello tan estimadora de su honra quanto el amito cubría en dia, se lo rechazaba; quiso en la necesidad presente valerse de la ocasión y aprovecharse de sus estudios; para lo cual mostrándosele menos intratable que otras veces, le dijo que para cierto fin ridículo, con que quería regalar aquellas carnestolendas, le importaba biciese creer á su marido que dentro de veinte y cuatro horas pasaría de esta vida á dar cuenta á Dios de lo que hasta entonces había mal empleado. Prometiéndole contentó de tenerla gustosa, sin inquirir su pretension; y mientras ella llamaba al pintor epíjico y celoso mozo, concertó con ellos lo que habían de hacer para colomar este disparate, persuadiéndoles que era por necesidad que cometiese burla en dia de la ocasión de su vida.

(1) Una vez, por ejemplo, narró en las veinticuatro de un tiempo todo lo que...

haciéndose el astrólogo en contradicción con el ignorante cajero, «que cansado de pagar letras se venía á acostar», le dijo: Mal color traeis, vecino; ¿sentís acaso alguna mala disposición en vos?—Gracias al cielo, le respondió, si no es el enfado de haber contado hoy mas de seis mil reales en vellón, no me he sentido mas bueno en mi vida.—¿A color á lo menos, replicó el astrólogo, no conforma con vuestra satisfacción; dadme acá ese pulso.» Dióselo turbado el ignorante vecino, y arqueando las cejas, con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador dijo: «vecino mío, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestes, sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos. Para estas ocasiones son los amigos: no lo fuera yo vuestro si no os avisara de lo que os conviene y menos cuidado os dá; disposición de vuestra hacienda y casa, ó lo que importa mas, de vuestra alma, porque yo os digo por cosa infalible, que mañana á estas horas habreis experimentado en la otra vida, cuánto mejor os estuviera haber ajustado cuentas con vuestra conciencia, que con los libros de caja de vuestro dueño.» Entre turbado y burlon le respondió el mosca-tel: «si este juicio sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hielsteis, todo al revés de como sucedieron sus temperamentos, mas larga vida me prometo de lo que imaginaba.»—Ahora bien, replicó el astrólogo, yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo; haced vos lo que mejor os estuviere; que yo sé que no llevaréis queja de mí al otro mundo, de que no os avisé pudiendo.» Y dejándole con la palabra en la boca, echó la calle arriba.

(Continuad.)

LA PUERTA DE ORO

ó

ARCO DE TRAJANO.

Este bello monumento, construido de mármol de Paros, y perfectamente conservado, tiene enarenta y ocho pies de altura. El sobrenombre de Puerta de Oro que se le da, viene quizá desde los mismos romanos. De todos modos no admite duda que era ya popular al principio de la edad media: y se le denomina así en un acto de donación religiosa, año de 774.

Para dar una esplicacion de este rico sobrenombre han supuesto algunos que los adornos del arco fueron dorados en un principio: otros, que la inscripción, que parece hoy ha sido grabada en hueco, fué por el contrario de realce, y las letras de oro: otros en fin, opinan que solamente se ha querido indicar con estas palabras la magnificencia y el mérito incomparable de arte del edificio.

Se cree que el arquitecto que dirigió la obra fué Apolodoro, á quien confió Trajano la ejecución del plano del foro, que lleva el nombre de este emperador. Este célebre artista fué desterrado de Roma, y en seguida condenado á muerte, dícese, por Adriano. Dion Casio cuenta que, estando un dia conferenciando juntos Trajano y Apolodoro sobre el plano de un monumento, se llegó aturdidamente Adriano á dar su parecer. El arquitecto lleno de impaciencia le interrumpió con viveza, suplicándole le dejara: «Id, le dijo, á pintar calabazas, que nada entendéis de arquitectura.» Guardó Adriano largo tiempo el resentimiento de esta injuria, y, segun Dion, se vengó cruelmente cuando subió al imperio.

El arco de Trajano sirve hoy de puerta á la ciudad de Benevento, llamada en lo antiguo *Malaentum*. La arquitectura es del orden compuesto. Las columnas se apoyan en un pedestal común: su base es ática y de muy bellas proporciones; toda la parte superior está muy bien delineada, y es de bonitos contornos. Serlio observa, que el arquitrabe, el friso y la cornisa guardan la mas perfecta regularidad entre sí, y son admirablemente proporcionados á la masa total del edificio.

El friso está adornado como el arco de Tito en Roma, al que se parece bajo todos aspectos, de figuras alusivas al triunfo. Los entrepaños de los intercolumnios están divididos con mucho gusto en bajos relieves separados por frisos pequeños. En el medio del arímeto está colocada la inscripción, y en los fondos hay bajos relieves por el mismo estilo que los del arco de Constantino en Roma. Representan varias acciones de la vida del emperador Trajano, y no ceden en nada á los de Roma por la belleza con que están ordenados, la grandiosidad del estilo, y la valentía de la ejecución. Sin embargo, este monumento es poco conocido de los viajeros, en razon á no hallarse en el camino que siguen generalmente.

Hé aquí el texto de la inscripción que se lee en el ático:

*Imperatoris Caesaris Nervae filii
Neruae Trajani optimi, Augusti*

*Germanico, Dacico, pontifici maximo, (ex) tribunicia
Potestate XIX, imperatori VII, consuli VII, patri patriae,
Fortissimo principi, Senatus Populusque Romanus.*

«El Senado y el pueblo romano al emperador César Nerva Trajano el grande, Augusto, el Germánico, Dacico, gran pontífice, ejerciendo la potestad tribunicia por la décima-nona vez, emperador siete veces, cónsul por sétima vez, padre de la patria, príncipe valeroso, hijo del divino Nerva.»

FRAGMENTO.

Y á la luz del crepúsculo serena
Solos vagar por la desierta playa,
Cuando allá mar adentro en su faena
Cantos de amor el marinero ensaya,
Y besa blandamente el mar la arena,
La luna en calma al horizonte raya,
Y la brisa que tímida suspira
Dulces aromas, y frescor respira,

Y húmedos ver sus ojos de ternura
Que abren al alma enamorada un cielo,
Estáticos de amor y de dulzura
Com blando, vago y doloroso anhelo:
Magia el amor prestando á su hermosura,
Y el pensamiento deteniendo el vuelo
Allí donde encontró la fantasía
Ciertas las dichas que soñó algun día.

Y respirar su perfumado aliento,
Y al tacto palpitar de sus vestidos,
Penetrar su amoroso pensamiento
Y contar de su pecho los latidos,
Exhalar de molición y sentimiento
Tiernos suspiros, languidos gemidos,
Mientras al beso y al placer provoca
Con dulce anhelo la entrecarierta boca.

José de ESPRONCEDA.

CANCION.

¡Prenda del alma mía!
¡Escucha con amor de mis acentos
La amorosa armonía:
Tú eres de mis amantes pensamientos
Soberana señora y alegría!

Para tí sola vivo,
Tú eres el sol que alumbra mi existencia,
Tú con el fuego activo
De tus ojos, volviste á la creencia
Del amor, á mi triste pecho esquivo.

Mientras estoy á tu lado,
Vuela para mí el tiempo tan ligero,
Que cuando ya ha pasado,
Me parece que estoy ¡tanto te quiero!
De tí toda mi vida separado....

Despierto ni dormido
Te separo jamás de mi memoria,
¡Memoria que al olvido,
Me trae la dolorosa triste historia
De las cuácelas penas que he sufrido!

Ni pasa solamente
Un instante en el día, en que el deseo
Cruel no me atormenta
De verte, vida mía... y si te veo,
Nunca me canso de mirarte enfrente.

Porque eres tan hermosa,
Que cuanto mas contemplo tu hermosura,
Mi alma, mas ansiosa,
Se huye de mí y se duerme en tu figura.
Como sobre una flor la mariposa.

¡Entonces, fascinada,
No vive, que en letal desmayo cae
Mi alma enamorada,
Hasta que amor la da y á sí la atrae
Tu boca, con dulcísima llamada!

¡Ni yo sé lo que siento,
Cuando cerca, mi vida, de tu boca,
De caricias sediento,
Siento en mis labios el calor que toca
De amoroso y aromado aliento!

¡Trémolo desfallece
Mi pecho enamorado y palpitante,
Se apaga y desvanece
Mi vista, y con tenerte á tí delante,
Que es sueño tanta dicha me parece!

Un sueño que pasando
Engaña al corazón que triste llora,
Sus dolores hurlando
Con la imagen del bien que tierno adora,
Que le abandona luego en despertando.

¡Un sueño!... ¡Vida mía!...
¿Será no mas un sueño mi ventura?
¿Un sueño mi alegría?
¿Es un sueño no mas tanta hermosura?
¿Amor tanto, mi bien, sueño sería?...

¡Ah, no, se aparta un velo
Que triste al corazón la luz quitaba!
¡Tú, hermosa, desde el cielo
Bajas á darme amor, mi pena acaba
Y mi dolor, mi llanto y desconsuelo!

¡Tú no sabes, mi vida,
Cuánto dolor tristísimo, sufrido
Dentro de mi alma herida,
Al sentir yo tu amor, por siempre ha huido,
Dejando el alma á la mujer querida!

Yo creía que muerto,
Mi corazón con su experiencia frío,
Solo al dolor abierto,
Miraba para siempre con desvío,
Hasta al mismo placer, por daño cierto.

Yo he visto que entregaba
Al desprecio no ha mucho los amores,
Y helado se burlaba
De los pueriles gozos y dolores,
Que amor en otro tiempo le causaba.

¡Que á este tan triste estado,
Placeres y dolores le trajeron;
Los placeres, cansado,
Los dolores, con golpes que le dieron,
Receloso, y sin fe, y escarmentado!

Mas por fortuna al verte,
Recobró, vida mía, su entusiasmo,
Y empezando á quererte,
Latiendo con vigor salió del pasmo
Que tan cerca le tuvo de la muerte.

¡Hermosa mía! lloro
A mas de enamorado, agradecido,
Porque tú, del tesoro
De amor allá en mi pecho oscurecido,
Sacaste la pasión con que te adoro.

¡Y tú sola podías,
Bellísima azucena delicada,
Volver mis negros días,
A la risueña aurora, ya pasada,
De mis enamoradas alegrías!

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

LAS MURALLAS DE TERUEL. (1)

ROMANCE.

Moros cuesta abajo van
corriendo á todo correr:
ménos qué vinieron vuelven,
aciaga la lid les fué.
Villa que se labra nueva
presumieron sorprender
valencianos que montaban
ligeros potros de Fez.
Propicia hubieron la noche,
contrario el amanecer,
sintieronlos en el muro
cuando llegabañ al pié.
Tocan arma los de adentro,
salen, y en pugna cruel
mátan, mueren, triunfan, salvan
su libertad y su fé.
Lejos de rendir cautiva
los moros la villa fiel,
ciento que en ella quedaron
cautivos quisieran ser.
Sepulturas hay que abrir
allí por primera vez,
y ciento veinte hoyos tienen
los vencedores que hacer.
«Una basta para todos,
dijo el avisado juez
que la villa gobernaba
con omnimodo poder.
A la parte de occidente,
que aun sin muralla se vé,
la zanja para el cimiento
dejamos abierta ayer.
Allí á cristianos y moros
comun sepultura den,
si vergonzosa á los unos,
á los otros de honra y prez.
Gloria del pueblo será,
permítalo Dios amen,
que puedan decir mañana
sus hijos con altivez:
Sobre huesos de valientes,
muertos peleando bien,
fundados están los muros
de la villa de Teruel.»

J. E. HARTZENBUSCH.

(1) El célebre autor de *Los amantes de Teruel* está escribiendo una serie de bellísimos romances sobre el espíritu de aquel aplaudido drama. De ellos es este el primero, y creemos que nuestros lectores le leerán con igual gusto al que hemos tenido nosotros en recibiendo de su autor.

GEROGLIFICO.

